

Gratitud y duelo

Me llamo Sol. Ahora tengo 14 años.

Soy una perra mestiza, feliz, cuidada y amada.

Pero mi historia es triste: a mis nueve meses, me dejaron atropellada y moribunda a la orilla de avenida Kennedy.

Ahí, yo, esperaba la muerte.

Pero todos tenemos un ángel.

El mío apareció y fue la Eliana. Ella me vio, se conmovió, se compadeció y me ofreció casa y cariño.

Llegué a esa casa y me encontré con dos perras recogidas y acogidas, igual que yo.

Yo soy dócil, y acepté feliz compartir la vida con ellas.

Me recuperé de una difícil cirugía, acompañada y cuidada.

Pasaron los años y mis compañeras empezaron a envejecer, y tuvimos que ayudarlas a partir. Me dio pena porque ellas me habían acogido, aceptado y enseñado mucho.

Pero el año 2015 recogimos a una cachorrita de cuatro meses, hambrienta y desnutrida, a la que inmediatamente adopté como mi hija. Me hice cargo de

enseñarle todo. A veces, tuve que ser un poco dura. Por suerte, ella entendió mis buenas intenciones. Inteligentísima y muy alegre, se hizo indispensable en mi vida.

Le pusimos Alma.

Alma siempre tuvo problemas de salud. La llevaban seguido al veterinario, y se hizo normal que tuviéramos un canasto con sus remedios en la cocina.

A pesar de sus frecuentes enfermedades, ella, con su entusiasmo, se recuperaba y seguía haciéndonos la vida muy, muy linda.

Pero en 2022, los malestares se hicieron casi permanentes. No había mes sin ir dos veces al veterinario. Pasó por desagradables exámenes, pero de todos salía con ese empuje tan de ella y con esas ganas de vivir que la caracterizaban. Empezó a dormir mucho, a estar menos animosa, pero sin perder ni un minuto su alegría de tenernos y de contar con nosotros.

Hasta que el primer día del mes de diciembre, amaneció muerta.

Yo vi y sentí la tristeza de mis amos. Les parecía increíble lo que había ocurrido. Estaban sorprendidos y confundidos. Yo no la quise mirar, ni oler. Me fijé que la tapaban y la subían al auto. Después supe que era para llevarla a incinerar.

Y ahí partió la parte más penosa de mi larga vida: entender que la Alma ya no estaba. Dejé de comer, dejé de ser dócil, dormía inquieta, me volví un poco rabiosa, nada me gustaba.

Y de nuevo la Eliana se compadeció de mí y se dedicó totalmente a consolarme, atenderme, tolerarme y de a poco empecé a sanar.

Ahora estoy bien, repuesta y contenta. Sin embargo, todos los días huelo los lugares del jardín que a la Alma le gustaban, y me parece sentirla y encontrarla ahí. A veces, me parece verla pasar sonriéndome.

Mis amos hicieron unos cuadros con fotos de la Alma, en sus mejores momentos. La saludan todos los días. Yo también miro esas fotos y le cuento que estoy bien, que la echo de menos, que no la olvido, que la quiero mucho y que le agradezco por lo feliz que me hizo.